

LA NUEVA GUERRA FRÍA

EDUARDO HARO TECGLÉN

EL idealismo del Presidente Carter —o su falta de cálculo y de conocimiento de las realidades internacionales— le ha conducido al primer fracaso diplomático de su todavía brevísimo mandato: el rechazo por parte de la URSS de los dos planes —alternativos— de desarme y la suspensión —aplazamiento— de las negociaciones Salt (limitación de armas estratégicas). Desde el momento de su llegada a Moscú, el secretario de Estado Cyrus Vance oyó decir a Brejnev, y luego reiterar a Gromiko, esta frase: "Sin un estricto respeto de los principios de igualdad y de no injerencia en los asuntos del otro, es imposible un desarrollo de las relaciones soviético-americanas". Se le estaba ya advirtiendo del alcance que había tenido la campaña de Carter sobre la cuestión de los "derechos humanos" tan visiblemente dirigida a la Unión Soviética. El idealismo de Carter consistía en creer que se podían desligar los dos campos de actuación: que, por una parte, Estados Unidos podían ser hostiles al sistema político soviético que consideran contrario al desarrollo de la libertad y de la dignidad humana, y, por otra, podrían continuar negociando cuestiones referentes a la paz mundial. Carter llegó a reprochar a sus predecesores en la Casa Blanca haber cedido en el terreno "moral" para obtener ventajas en el terreno práctico. La realidad acaba de demostrarle que sus predecesores tenían razón.

Vance quiso atajar en Moscú lo que se le venía encima. "Las posiciones de Estados Unidos en esta cuestión —declaró— se desprenden de valores fundamentales que son los nuestros". "No tratamos de denunciar a la atención mundial únicamente a la Unión Soviética cuando hablamos de los derechos del hombre: nuestra preocupación es universal". Se trata de "una buena guerra ideológica", y los Estados Unidos no están dispuestos a abandonarla: "Continuaremos actuando en esta cuestión de la manera que nos parezca apropiada". La consecuencia: se ha ido de Moscú con las manos vacías. Difícilmente podía la Unión Soviética actuar de otra manera. Se trata de un país, de un régimen y de unos hombres psicológicamente afectados por una

historia de sesenta años de denuncias y cercos internacionales, en los cuales el tema continuo de la opresión, de la tiranía han sido utilizados como arma de guerra. Todo el largo montaje de la guerra fría, que hubiese preludiado un ataque atómico contra la URSS si ésta no hubiera conseguido, a su vez, el arma nuclear, estaba basado en la inhumanidad del régimen. Lo cual no contribuyó en un principio a aligerarlo de su pesada carga de dictadura, o de tiranía, sino al contrario: un característico reflejo de defensa influyó en las enormes purgas interiores de Stalin, cuya paranoia se había exacerbado. Cuando ahora la URSS entiende —según un artículo de Valeriano Zorin, oficioso, en la agencia Tass— que los Estados Unidos vuelven a la guerra fría, se está desarrollando de nuevo ese instinto de defensa.

La guerra fría vuelve, probablemente no ha cesado claramente nunca. Sectores muy importantes de poder en los Estados Unidos mantienen la posición clásica de que sólo la fuerza es válida. Su razonamiento es el de que los Estados Unidos no han dejado de ser nunca desafiados por la URSS y que, sin embargo, han abandonado el único terreno en que podían claramente responder, que es el de la fuerza, en el que se sienten superiores.

Para estos grupos, el progreso de la URSS en el mundo es incuestionable. Desde Cuba al Vietnam, los Estados Unidos han visto disminuido su círculo de influencia y poder. En estos momentos, África se les está escapando de las manos (la realidad es que la política africana de los Estados Unidos ha sido siempre equivocada: no se han dado cuenta del profundo fermento del continente) y el Congo entero puede caer bajo la influencia soviética, como antes Angola; y desde allí pueden desplegarse Rhodesia y África del Sur, que ya se considera —según declaraciones del sábado pasado— en situación de guerra. Pero el tema no termina ahí, porque los anticomunistas de los Estados Unidos suponen que los eurocomunismos son aloptias del comunismo clásico, y que de nuevo se está permitiendo su progreso en toda Europa, especialmente en el Sur.



Carter reprochó a sus predecesores en la Casa Blanca haber cedido en el terreno "moral" para obtener ventajas en el terreno práctico. La realidad acaba de demostrarle que sus predecesores tenían razón. En la foto, el actual Presidente junto a Cyrus Vance, recién llegado de Moscú.

En los ataques de Carter a la URSS por su falta de respeto a los derechos humanos hay muchos componentes. Uno de ellos puede ser ciertamente el idealismo demócrata, tan clásico ya en la literatura política del país, y tan ilustrado en los últimos años por Roosevelt, que dio una dimensión moral ética a su intervención en Europa contra los nazis y a la guerra del Pacífico, y por Kennedy, con su intento de conversión de la red de alianzas con pequeños tiranos feudales a sistemas democráticos. Pero por encima de ese idealismo está la necesidad de no indisponearse con ese círculo de poder decididamente anticomunista: ha creído que manteniendo los tópicos de la guerra fría contra la inhumanidad del régimen soviético podría manipularlos y evitar que se opusieran a su política de ampliación de relaciones con la URSS. Grave error de apreciación: los círculos anticomunistas de Estados Unidos, como los de todo el mundo, por una razón de fundamento y principios de la gran derecha, no admiten este tipo de juego. Al mismo tiempo, Carter ha creído que se ganaba los medios judíos, tan importantes —y tan incluidos en el grupo de presión anticomunista y de gran derecha— por la defensa de los derechos humanos en la URSS (donde los judíos son víctimas de per-

secución, en razón de su identidad con el Estado de Israel). La otra baza que Carter quería apuntarse era la de una acción contra los eurocomunismos: es indudable que por muchas declaraciones que hagan los dirigentes de esta tendencia con respecto a su distanciamiento de la URSS (y no las hacen tan explícitas ni tan rotundas), los sectores contrarios les pueden presentar como totalitarios, como comunistas "de siempre". Frente a la idea eurocomunista de que el régimen de la URSS es una deformación de principios, una traición histórica al marxismo, los Estados Unidos y sus amplios aliados en todo occidente lo consideran como una consecuencia inevitable del sistema comunista, en la cual caerían también los partidos europeos si llegasen a gobernar o simplemente a participar en los Gobiernos. Carter ha actuado en este sentido con un cálculo que finalmente le ha fallado. Quizá ha ido demasiado lejos. No se ha limitado a condenar las violaciones de los derechos humanos en la URSS —y, de paso, en otros países previamente seleccionados para ello—, sino que ha recibido, alentado y alimentado a algunos de los más famosos "disidentes". Moscú está enormemente sensibilizado al tema: no sólo por las razones psicológicas históricas antes apuntadas, sino porque cree seriamente que el crecimiento de la disidencia interior puede ser una amenaza directa para el régimen. También en la URSS hay círculos de opinión y de poder enormemente duros, que sostienen que la CIA o cualquier otra forma de intervención de los Estados Unidos y de sus aliados más importantes (Alemania Federal) está tratando de minar el régimen soviético. Brejnev está probablemente en un fin de partida personal: se le achacan desde hace tiempo enfermedades graves y, en todo caso, su edad y sus circunstancias le están haciendo próximo el retiro. Probablemente no quiera adelantarlo. El equipo que dirige la URSS está gastado y envejecido.

La importancia que tiene esta guerra fría está en la sucesión de Brejnev y su equipo. En circunstancias lógicas, podría suponerse que la sucesión iba a estar en un equipo más joven, menos ligado a la guerra fría, más sensible a una liberalización del régimen y a un

entendimiento con occidente, siguiendo así la curva que se inició con la destalinización. En estas circunstancias actuales, podría muy bien ocurrir que, por el contrario, el poder vaya a ser ocupado cuando caiga Brejnev —lo cual puede suceder ahora, o dentro de un año o dos— por los "duros", por los defensivos, por los antiguos. Descartando la hipótesis de la guerra mundial, se caería de todas formas en una guerra fría muy dura y muy difícil.

La verdad es que Europa occidental está en circunstancias muy propicias para el desarrollo de esa guerra fría. La etapa de la abundancia la alejó: no había perspectivas revolucionarias en el interior de los países capitalistas de Europa. La nueva escasez, la inflación y la dificultad para la energía, el paro obrero y todo el conjunto de circunstancias políticas, económicas y sociales, está volviendo a poner de manifiesto la lucha de clases interior, que había sido sustituida por una lucha de clases exterior (los países europeos como explotadores de los del Tercer Mundo). Las elecciones de Italia y ahora las de Francia (municipales) hacen ver el progreso de la izquierda en estos últimos años de problemas: de una izquierda que ya no está disociada del comunismo —como en la guerra fría—, sino que lo escolta, le acompaña y se une a él. Cualquier cálculo político ve que a un plazo relativamente corto habrá una entrada en los Gobiernos de Francia y de Italia de los comunistas. En España las circunstancias son actualmente distintas, y el Partido Comunista, que ha desaparecido como monstruo para las otras izquierdas —lo sigue siendo para las derechas— tardará muchos años más en incorporarse al poder (plazo que se acortaría si en los países latinos se produjese la introducción de los comunistas), si es que se incorpora alguna vez. La necesidad de los grupos capitalistas occidentales es la de cortar ese progreso ahora mismo. Sólo podría conseguirlo por dos medios: o bien una abundancia económica nueva, que desmontara las reivindicaciones de las clases obreras y redujese su irritación actual, o bien una nueva guerra fría en la que el empleo de medidas de fuerza y de circunstancias excepcionales lograse, en primer lugar, que la izquierda general se separase de la comunista.

La primera de las circunstancias no parece fácil. El movimiento reivindicativo de los países explotados —subdesarrollados, o de Tercer Mundo, o naciones proletarias, como quiera que se les llame— no cesa, y no bastan para que cese las intervenciones exteriores. El caso de África es muy significativo. Los Gobiernos europeos se esfuerzan en buscar fórmulas de mayor entendimiento con las clases sociales que se les van. En Italia todo está fracasando, y el

Gobierno Andreotti se ve cada vez más lejos de contener la situación, no ya por los disturbios crecientes —como los del fin de semana pasado— que el mismo Partido Comunista condena (por que es consciente de su situación de riesgo), y está muy a punto de dimitir, con lo cual se crearía un proceso de vacío largo y espectacular.

El intento francés es tardío. Giscard y su primer ministro, Raymond Barre, se han precipitado a modificar el Gabinete, como consecuencia de las últimas elecciones. Quieren hacer ver que han creado un Gobierno de "técnicos", o de "los más indicados profesionalmente para ocupar los Ministerios", según las reiteradas declaraciones oficiales. En realidad, se trata de ver si aún es posible ganar a la izquierda terreno, asumiendo algunas de sus reivindicaciones. Uno de los cambios más espectaculares es el de Poniaowski, que si por una parte obedece a los problemas interiores de la mayoría parlamentaria (Giscard ha sacrificado a su más íntimo ministro), por la otra, tiende a mostrar a la izquierda que el rostro de la peor represión ha desaparecido. Lo cual no hace creer, todavía, que la represión ha terminado. Giscard busca insistentemente "desestabilizar" —como se dice ahora— a la izquierda: es la clave de su Gobierno y de su Presidencia desde que ocupó el poder y ahora se ha convertido en una necesidad urgente. Conseguir que los socialistas se separen de los comunistas... Como siempre, la derecha reacciona tarde y mal desde el punto de vista de lo que considera concesiones. Está demasiado segura de sí misma —en Francia como en España, como en cualquier otro país: es un rasgo de carácter y un fundamento ideo-

lógico filosófico— y confía demasiado en su poder. Pensemos en España y en cómo el tiempo perdido en las "reformas", y el que se está perdiendo actualmente cuando se trata de ponerlas en práctica rodeadas de reservas y de matices negativos, por el conservadurismo intrínseco de la derecha, ha empeorado la situación. El esfuerzo de Giscard hubiese sido útil cuando alcanzó la Presidencia y se limitó entonces a realizar una reforma de costumbres y de superficies, en lugar de un cambio profundo de sociedad, que no sería otra cosa que la adecuación de la sociedad dirigente a la dinámica de vida, que va siempre por delante. Ahora es tarde. La izquierda tiene la noción —muy justa, según los resultados electorales últimos— de que unidad es fundamental y de que la mayoría de la opinión pública la desea y la apoya. Lo único que podría quebrarla es el miedo. El miedo a que la derecha se oponga a su avance electoral y a sus ganancias de terreno político por la vía de la fuerza, o de alguna fuerza (el mismo miedo existe en España: la izquierda no termina de fraguarse o de unirse porque teme que la derecha no lo aceptaría nunca: y aquí el riesgo es mucho más grave, por la posición de mando de la derecha, que en Francia). Pero para la vía de la fuerza tendría que irse a la otra respuesta: la de la guerra fría.

Una guerra fría que reduzca los riesgos comunistas (o eurocomunistas) en el interior de los países sólo puede iniciarse a partir de la Unión Soviética, y de la antigua fórmula de identificación de los comunistas europeos con el régimen soviético. Si ahora están distanciados, ante una presión grave podrían quizá volverse de alguna forma hacia Moscú, efectivamen-

te. Dentro de los Partidos Comunistas europeos hay ya tendencias muy fuertes a no aceptar la separación. No sólo en algunos de los grupos menores desgajados del tronco comunista esencial, sino dentro de ese mismo tronco.

No se ve cómo podría instalarse una guerra fría semejante a la anterior. Hay que partir de la base de que la etapa anterior tenía como base fundamental la posibilidad de una guerra entre Estados Unidos y la Unión Soviética, y que esta última aparecía, en los sistemas occidentales, como agresora. Y los Partidos Comunistas europeos como quintas columnas. La base de una guerra posible de agresión no prende en las circunstancias actuales. El esfuerzo de propaganda que se hiciese en ese sentido tendría que ser excesivo, y se sabe que la propaganda excesiva en momentos de paz estabilizada es contraproducente: las poblaciones segregan sus propias defensas.

La nueva tirantez entre la URSS y los Estados Unidos no es considerada todavía como determinante. Son fintas políticas. Pero podría en cualquier momento elevarse la temperatura. Imaginemos que la actual agonía del Congo, donde Mobutu —el hombre de Estados Unidos, el amigo de la Unión Sudafricana— está a punto de ser desplazado, encuentra una respuesta armada por parte de los Estados Unidos. Imaginemos que en esa zona, o en otra cualquiera que puede provocarse, los Estados Unidos y la Unión Soviética se enfrentan directamente. Inmediatamente las condiciones básicas para la guerra fría en todo el mundo se habrían producido ya. Pero ¿no ocurriría, entonces, que las masas de la población europea culparían más directamente al capitalismo que al comunismo? ¿No se encontrarían en condiciones sociales más difíciles que las actuales, y repercutirían sobre sus propios Gobiernos? Esa es una eventualidad que naturalmente deben considerar los factores de la política occidental. Y sobre todo Carter, en cuyos planes no aparecía en principio una posibilidad semejante, sino la creencia de que su presión en el tema de los derechos humanos iba a percutir en la URSS e iba a apaciguar a sus "warmongers" interiores.

Pero si el mundo occidental —por no decir simplemente el Imperio americano, lo cual es mucho más real y representativo— no puede aceptar soluciones de izquierdas, aun tan moderadas como la que ofrece el eurocomunismo, ni puede tampoco enfrentarse con una situación de guerra fría que podría volver a hacerse erguir el fantasma, ahora acallado, de las revoluciones, ¿cuál es su solución?

Naturalmente, no se sabe. Pero de lo que se busque y de lo que se encuentre depende la situación del mundo en los años inmediatos. ■



El ministro de Asuntos Exteriores soviético, Andrei Gromiko, durante su inesperada conferencia de prensa en Moscú: "Sin un estricto respeto a la no injerencia en los asuntos del otro, es imposible un desarrollo de las relaciones soviético-norteamericanas".